

I-D igual a migración

J. A. MARTÍN-PEREDA

Migraciones ha habido y hay muchas: hacia fuera y hacia dentro, hacia lo desconocido y hacia lo deseado, hacia el cumplimiento de una tarea y hacia la obtención de un deseo. De todas estas migraciones se ha hablado mucho y de todas se conocen algunos de sus efectos.

Pero en nuestros días es también posible otro tipo de migración. Nadie repara en ella, pero sus efectos pueden ser más intensos que los de cualquiera de las que nos habla la Historia.

Es la migración del que no se mueve del lugar donde habita, la del que mantiene una actividad aparente ante sus vecinos y la del que participa en todas las reuniones y los encuentros a los que le invitan. Mas de hecho no está allí. Todo lo que hace, y que muestra con júbilo a los que están a su alrededor, se va a otra parte. Y en esa otra parte se aprovecha como si hubiera sido realizado íntegramente en ella.

La muerte de Severo Ochoa nos ha traído de nuevo, a las páginas de los periódicos y a las noticias de la radio y la televisión, el recuerdo de todos aquellos hombres de ciencia que emigraron de nuestro país para realizar su trabajo en otro. Aquí no disponían de los medios suficientes y en Estados Unidos, Francia, Alemania o el Reino Unido los encontraron.

Severo Ochoa ha sido el caso más significativo porque ganó un Premio Nobel, el de Medicina. Pero muchos otros siguieron también análogos caminos.

Unos son más conocidos que otros. A algunos se les menciona, de tarde en tarde, en los reportajes que sobre la *fuga de cerebros* se hacen para cubrir huecos cuando hay escasez de noticias. A otros sólo les recuerdan sus familias cuando vienen por Navidad a España.

Todos ellos son emigrantes, quizá no clásicos porque su posición les hace casi invisible

esa etiqueta, pero conceptualmente sí lo son. Y como tales son considerados.

Estados Unidos, Francia, Alemania o el Reino Unido obtienen el provecho de su trabajo. Aquí, si tienen suerte, se les dedica una calle.

Pero la tópica aldea global de McLuhan ha creado un nuevo tipo de emigrante. Es el constituido por todos aquellos que realizan una cierta investigación en su propio país y, luego, los resultados de esa misma investigación son aprovechados en los desarrollos de países ajenos.

Se hace la *I*, pero no se llega a completar la *D*. Y por ello, al no sumarlas como mandan las reglas de este juego de la ciencia y la tecnología, el resultado es equivalente al de una migración encubierta.

Las circunstancias de nuestro país, y las de algunos otros análogos al nuestro, no hacen preciso el que los Severo Ochoa de hoy en día tengan que emigrar por fuerza para realizar su trabajo. Las universidades y los centros de investigación se han dotado como nunca antes lo habían estado.

La *I* que se hace en algunos campos puede codearse con la de los grandes laboratorios de todo el mundo. Todavía falta un trecho, es cierto, para que nuestros centros estén totalmente al nivel de los equivalentes de los países punteros. Pero la diferencia relativa es mucho menor que hace tan sólo 10 años. Por ese camino se ha avanzado mucho. Nadie lo puede negar. Mas falta completar la suma con la *D*.

La ciencia, siempre se ha dicho, no tiene fronteras. Lo que se hace en un lugar puede aprovecharse en cualquier otro, por alejado que éste se encuentre. Esto, que era verdad antes, ahora lo es mucho más.

Los medios de comunicación de que se dispone en la actualidad, la rapidez en publicar resultados, hace que todo, o casi todo, lo que se hace sea conocido, en muy

poco tiempo, por quien pueda estar interesado en ello.

Y como los científicos, por el mero hecho de serlo, son también algo ególatras, enseñada hacen saber a los cuatro vientos todo lo que están haciendo. Principalmente, cuando al lado no tienen a nadie que les recuerde que de la *I* hay que pasar a la *D*. Y también que el resultado de esa *D*, que ha de ser por lo general un determinado producto, ése ya si que tiene fronteras.

Estos científicos han seguido en su país, no han emigrado, pero el fruto de su trabajo para su entorno es el mismo que si lo hubieran hecho: nulo.

Hay situaciones en las cuales una nación puede permitirse dejar que todos sus investigadores hagan ciencia por puro amor a ésta, sin pedirles más cuentas que aquellas derivadas de que sus nombres aparezcan en las revistas más prestigiosas. No sé qué situaciones pueden ser éstas, pero seguro que alguna debe de haber.

Pero hay otras, en cambio, en las que lo anterior no es posible. Cuando su industria dependa de lo que sus investigadores sepan hacer, cuando su agricultura dependa de si se producen o no variedades de plantas más resistentes al frío, la humedad, la sequía, el calor, las plagas..., o cuando su clima dependa de cómo controla la contaminación, no puede hacerlo.

Sus investigadores, igual que en caso de guerra, se deben a un objetivo que no es tan sólo el de la *I*. Es el de la *I* sumada a la *D*, el de la ya vieja y conocida *I+D*. Y con una *D* que se lleve a cabo en las proximidades del lugar en el que se hizo la *I*, y que no sea la de otro.

Si no es así, es como si hubieran emigrado.

Catedrático de Tecnología Fotónica de la Universidad Politécnica de Madrid (UPM).